

Alegría del mal ajeno

A Joaquín García Monge.

EN materia de habilidad lingüística de nuestras loras, bien conocida *urbis et orbe* y no disputada aún, comparable solamente con la facilidad característica de los polacos, tengo una anécdota que es, en mi humilde concepto, el arquetipo de los casos comprobados y que a la vez indica y establece con presunción *juris tantum*, que nuestras loras piensan con igual maestría que repiten cuanto escuchan.

Allá por los albores del siglo XIX y en una de las primeras casucas que se construyeron en la villa nueva de San José, hoy vanidosa capital de Costa Rica, vivía una buena viejecita llamada Mamita Antolina, madre del que más tarde llegó a ser jurisconsulto muy distinguido. Carecía la buenísima señora de bienes de fortuna y mantenía su hogar con el esfuerzo de su bien sentada inteligencia. Se dedicaba al comercio de cacao en grano y molido; aquél obtenido, ya de los cultivadores de la planta que en Matina

«en urnas de coral cuaja la almendra que en la espumante jícara rebosa»

o del que muy de semestre en semestre acarreaban los *ticos* de las plantaciones de la vecina república de Nicaragua, y el molido, iba brotando de la caliente piedra que Mamita Antolina maneja con habilidad extremada y duro esfuerzo, recogido con primor en el talón de la limpia mano y moldeado con *do-naire* con la punta del cuchillo y el índice de la mano izquierda sobre frescas y amplias hojas de plátano.

Por varios años los indios de la Mosquitia habían dejado tranquilas las haciendas de Matina; el grano nicaragüense llegaba con mediana regularidad y el mercado «se mantenía firme con tendencias a la baja, debido a los grandes arribos, a la amenaza de las futuras cosechas y a la escasez de la demanda». El caso es que el cacao en grano se vendía «a ocho manos por un real», es decir, a cuarenta almendras por doce y medio centavos de los de las reales armas de Don Fernando Séptimo, que era la base de la moneda circulante.

Y como en toda la casa, constante de sala, cuarto, caedizo y cocina, no había más alma humana que la de Mamita Antolina, salvo la del futuro Presidente de la Suprema Corte de Justicia, quien la paseaba por los cercos

vecinos, y como Mamita Antolina pasaba el día a la vera del fogón, sobre la piedra del cacao, resultaba que el único ser viviente que podía atender a la tarea de anunciar el arribo de un



Magón

MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN

Un cuento nuevo de *Magón* indudablemente es un manjar para sus lectores. Saboreenlo, pues. Los escribe con la soltura que los narra. Hay que oír a *Magón*, en amable sobremesa, contando sus cuentos *ticos*. Lejos de Costa Rica, con un profundo amor de patria, el buen humor nacional fluye gratisimo de su conversación amena. Posee un caudal de anécdotas costarricenses que algún día escribirá. Y que vuelva pronto a la patria—porque así lo anhela. Y que se consagre a la filantrópica labor en que quiere empeñar los últimos años de su vida: *a combatir el alcoholismo*, una de las plagas que afligen a este pueblo, digno de mejor suerte. En eso le ayudaremos cordialmente.

parroquiano, era la lora de mi cuento, paseándose de amarra a amarra en su palo que colgaba del techo de la sala.

A fuerza de escuchar siempre el mismo diálogo, la lora retornaba al comprador su saludo de entrada, y a la trillada pregunta de «¿A cómo tiene el cacao?» contestaba acto seguido: «A

ocho»—y mamita Antolina, a cuyos oídos llegaba la voz chillona del animalucho, acudía presurosa a despachar al cliente. Era la rutina diaria y bien puede afirmarse que la lora ganaba a conciencia su panecillo empapado de oloroso chocolate y merecía con creces el cariño de su patrona y las alabanzas de propios y extraños.

Pero ah!, que nada en este valle de lágrimas es perdurable!

Los indios moscos creyeron llegado el tiempo de hacer otra provechosa irrupción en los cacaotales de Matina y se dejaron venir en sus piraguas como nube de langostas y se llevaron cuanto cacao contenía la rica región, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos moradores, a los que aún las fiebres palúdicas endémicas en aquel suelo pantanoso habían hasta entonces dejado en condición de defenderse y hasta se llevaron,—castigo de Dios!,—a un tal ñor Aimeriche, viejo panzudo y de malos hígados que poseía vastos plantíos del precioso grano.

El caso es que, como habría dicho el Bolefín de la Bolsa de Productos, si tal institución hubiera sido inventada en aquellos tiempos de oro, «las cotizaciones de cacao de Matina eran animadas, con muy altos precios, gran demanda, escasísima oferta y stock visible muy bajo, con tendencia marcada a alzas mayores»—y mamita Antolina, se vió precisada a subir el precio, rebajando el número de «manos por real».

—«A cuatro,» lorita, ya sabés: *a cuatro!* repetía la señora a su verdiemplumada socia industrial, y al fin la lora aprendió, no sin grandes tropiezos y vacilaciones a contestar «A cuatro» cuando algún parroquiano hacía la estereotipada pregunta «¿A cómo tiene el cacao?».

Esa tarde, final de un día húmedo y caliente del mes de julio, la lorita echaba su siesta asentada en la pata izquierda y con la derecha y la cabeza de copetillo grana escondidas entre las erizadas plumas de esmeralda. Quizá soñaba con el frondoso árbol de mango, que erguía su espaciosa copa a la vera del parlero arroyo en las quebradas del Monte del Aguacate, entre cuyas ramas se meció su nido, conoció a su nunca olvidado loro y ambos comieron del dulce y sabroso fruto hasta que la miel les corriera por los acerados picos y les manchara las gualdas plumas del buche. Tiempos aquellos, edad dichosa: aire tibio, sol hirviente, aguaceros torrenciales, perfumes de aroma y de flor de coyol y de marañón maduro y de reseda! Y luego las alegres escursiones invernales a la costa en inmensas bandadas, canturriando graciosas coplas lorescas,